

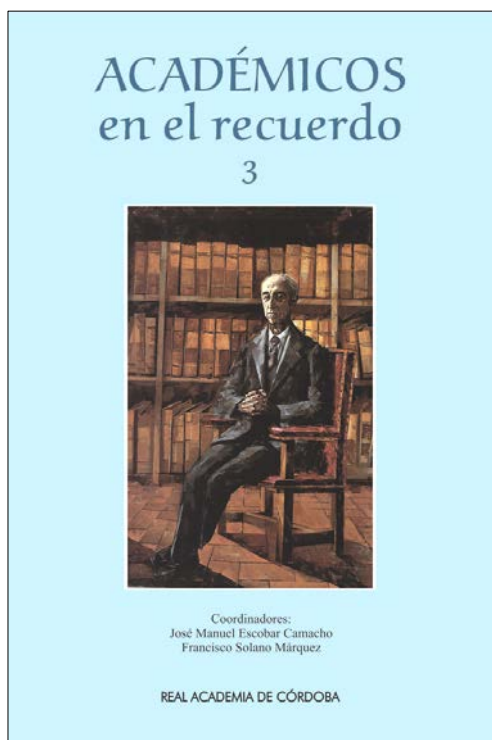
ESCOBAR CAMACHO, JOSÉ MANUEL; MÁRQUEZ,
FRANCISCO SOLANO (COORDS.). *ACADÉMICOS EN EL
RECUERDO 3*, CÓRDOBA, REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA,
2019, 316 PÁGS.

M.^a Soledad Gómez Navarro
Académica Correspondiente

Reza el sabio y viejo refrán castellano que de bien nacidos es ser agradecidos. Quizás por eso, muy certeramente, la bicentenario y docta institución cultural cordobesa de Ambrosio de Morales —ojalá pronto en ese añorado y tan adecuado caserón— ya ha puesto a disposición del lector, desde hace muy poco tiempo, la tercera edición de la loable iniciativa que intitula esta glosa para rememorar a quienes tan sabia y lealmente la sirvieron, dentro de la Colección *Francisco de Borja Pavón*, otro insigne académico.

Coordinada por los también académicos José Manuel Escobar y Francisco Solano Márquez, que han sabido manejar con mano diestra las diez aportaciones

que se presentan, aunque con once autores diferentes porque Francisco Solano también suscribe el Prólogo. Asimismo doblan texto José Cosano Moyano y José Manuel Escobar: el primero, en el Prefacio y en su contribución sobre Juan Gómez Crespo; y el segundo, en el ya indicado Prólogo y en su reflexión sobre Carlos Ramírez de Arellano y Gutiérrez de Salamanca.



Teniendo como denominador común primordial trazar el perfil personal de los biografiados —obviamente ninguna «biografiada» por la cronología de los protagonistas—, la monografía presenta las vicisitudes vitales e intelectuales más señeras y significativas de diez académicos, ya en el recuerdo, como apunta precisamente José Cosano en el Prefacio, al señalar el volumen de trayectorias del que ya disponemos con esta entrega de tan interesante y útil iniciativa cultural. Y tan justa como merecido reconocimiento a todos los que ofrecieron su buen entender y saber a la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Y para seguir creando memoria histórica, como muy bien afirman los prologuistas al suscribir que a ellos «estamos obligados moralmente» para darlos a conocer «a las generaciones presentes y futuras», y evocan distintos espacios de la ciudad, efectivamente, con algunos de esos nombres. En esta ocasión equilibradamente repartidos entre los siglos XIX y XX —cinco personalidades académicas en cada caso, aunque la mayoría desarrollando su actividad profesional e intelectual en el pasado siglo, y desde luego todos «indisolublemente unidos a la historia de la institución» (*Ibídem*, p. 17) y que se analizan de menos a más recientes—, hallamos también en este volumen, como en el caso de los dos anteriores que ya suman diecinueve biografías, una representación bastante variada y jugosa de diferentes campos del saber —política, medicina, poesía, pintura, jurisprudencia, didáctica—, si bien con ligero predominio de este último ámbito y asimismo de las letras sobre los otros dos apartados de las ciencias y las bellas artes, como también refleja el balance global de los tres volúmenes editados hasta el presente.

Y así, en efecto, resalta la vocación política —nacional, provincial y local— en la vida del liberal-progresista Carlos Ramírez de Arellano y Gutiérrez de Salamanca, director de la Academia cordobesa durante los últimos nueve años de su vida, y traza vital de la que se ocupa José Manuel Escobar Camacho quien, tras una breve introducción sobre la época y los orígenes familiares del biografiado, se detiene en su vida privada y pública. En la primera, para remarcar lo que parece paradigma de burguesía agraria y profesional ennoblecida y ejemplo de esa mixtura tan característica que parece prolongar el Antiguo Régimen en la contemporaneidad —o enlazar Antiguo y Nuevo Régimen, en una prueba más de la dificultad de separar los tiempos historiográficamente—, porque frecuentó tierras y negocios logrando hábitos de órdenes militares y títulos nobiliarios. En la pública, como escritor, intelectual y obviamente académico, en una etapa bastante difícil de nuestra historia patria común y en la que al menos supo mantener el pulso de la institución académica; y, en todo caso, suscitando la opinión de sus propios contemporáneos, prueba de la notoriedad de su huella.

El arte de Esculapio remite a la muy dilatada existencia —casi único al respecto en la historia de la Academia, de la que asimismo fue director durante veintidós años seguidos— de José Amo Serrano, «médico sabio, bueno y longevo», como destaca su biógrafo Ángel Fernández Dueñas. Partiendo de la única ocasión en que lo vio, traza su nacimiento, primeros años, esmerada educación, estudios universitarios y ejercicio de la Medicina en cuyo transcurso logró gran prestigio profesional —especialmente en el campo de la oftalmología— y dando muestras de gran sensibilidad social al dedicar siempre parte de su actividad a los necesitados o más desfavorecidos de la ciudad. Para tratar después los aspectos de la vida familiar, cultural y académica del biografiado, de quien, lúcido y de privilegiada memoria hasta el final de sus días, sin duda escribió extensa página de la institución académica cordobesa, como dijo el también académico José María Rey Díaz.

La dimensión jurídica de los biografiados está en Diego Palacios Luque a través de la pluma, y cierre además del presente volumen, de su paisano y asimismo académico numerario Miguel Ventura Gracia. Tras abocetar la formación del biografiado con sus estudios de bachillerato y Derecho en Córdoba y Granada, respectivamente, y su vida familiar, donde tanto marcará la figura de su progenitor, el autor analiza el desarrollo de aquella parcela profesional seguido por este ilustre académico, con una carrera judicial impecable —«su devoción», como él mismo reconocía (p. 278)—, que se inicia como secretario y juez en varias localidades andaluzas y prosigue ya como magistrado en Tenerife y Córdoba, hasta recalar definitivamente en esta última ciudad. En el desarrollo de su vida profesional, fue miembro del Consejo General del Poder Judicial, culminando su *cursus honorum* como presidente de la Audiencia Provincial y miembro nato del Tribunal Superior de Justicia de Andalucía hasta su jubilación. Hombre siempre atento a los cambios y necesidades de los nuevos tiempos, fue por ello el impulsor del movimiento asociativo que, como en otros gremios, también se iniciaba en el suyo. Su biógrafo destaca igualmente las importantes facetas de conferenciante, articulista y docente de este insigne jurista, libre, independiente e íntegro; humanista, comprometido y reconocido por sus iguales y sus paisanos, y en plena madurez intelectual cuando abandona este mundo en la capital del reino y recién iniciado el presente siglo.

Por su parte, la veta artística está representada en las personas de Ricardo Molina —poesía— y Antonio Ojeda —pintura—, biografiados por Antonio Moreno Ayora y Manuel Gahete Jurado, respectivamente. El primero, después de constatar la escasa información existente sobre la infancia del académico pontanés —aunque reconstruye sus primeros años y

contenidos de formación bachiller y estudios superiores de Geografía e Historia, y aun con los curiosos y jugosos testimonios de quienes, como alumnos, lo conocieron— lo muestra como empedernido lector, articulista, traductor, crítico, ensayista y defensor de Cernuda, destacando, mediante su correspondencia con primeras espadas de la lírica de su época como aquél mismo, Aleixandre, Dámaso Alonso o Guillén, entre muchos otros, su destacada aportación a la poesía —emocionante e intimista— de *Cántico*, y también al flamenco, la otra gran pasión de este biografiado que fomentó prestándole atención en varias obras de distinto carácter.

El segundo, resaltando la empeñada y nunca dejada lucha de Antonio Ojeda por dedicarse a la pintura, su gran pasión, tras una formación laboral indeseada, iniciarse en la cartelería publicitaria, diseñar decorados teatrales y matricularse en la Escuela de Arte Dramático, ejercer como crítico de arte e ilustrador y trabajar profesionalmente en una conocida entidad crediticia cordobesa hasta su jubilación voluntaria, momento desde el que se consagra a su gran vocación de la pintura, del realismo a los símbolos, las formas y los planteamientos geométricos, siempre rompedor, innovador, y en «perenne inquietud» (p. 215) y evolución; se integra así en la vida artística de Córdoba celebrando innumerables exposiciones, aval del reconocimiento de crítica y público en general, y de su ingreso como académico correspondiente, primero, y después numerario, de la Academia cordobesa donde despliega intensa y abundante actividad de trabajos y presentaciones.

Y se dedican al mundo de la docencia, la didáctica, las Letras en general, en sus áreas de Arqueología, Archivística, Historia, Lingüística y Pedagogía, los cinco académicos restantes, Antonio de la Torre y del Cerro, Samuel de los Santos Gener, Antonio Gil Muñiz, Juan Gómez Crespo y Feliciano Delgado León, de cuyas semblanzas biográficas en la obra que glosamos se encargan otros tantos compañeros académicos, Manuel Toribio García, María Dolores Baena Alcántara, Juan Díez García, José Cosano Moyano y Antonio Cruz Casado, respectivamente —en los dos últimos, realizadas por paisano y discípulo—. Una organización formal muy común en todos los casos repara primeramente en los aspectos familiares, formativos y curriculares de los homenajeados, para enfatizar después en cada uno de ellos su perfil característico, en tiempos políticos por lo general difíciles, y, sobre todo, justificado su condición de académico y además estar ahora en el recuerdo: El rescate de la memoria colectiva en el archivo y su interpretación historiográfica, en especial abundante para los últimos Trastámaras, o en los restos materiales arqueológicos del pasado —Antonio de la Torre, y Santos Gener—; la palabra —el uso disciplinar de la palabra— como pedagogo, abogado y docente, y lingüista —Gil Muñiz, Gómez Crespo, y Delgado León—; y la dilatada y sólida experiencia profesional

de todos ellos antes de recalar en Córdoba, por presencia en archivos nacionales de notorio prestigio como Valencia y Madrid, y cátedras de Historia de España de universidades de aquella primera ciudad y Barcelona —De la Torre—; acceso al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y larga dirección del museo arqueológico cordobés —Santos Gener—; influjo de la Institución Libre de Enseñanza, dirección de la Escuela Normal e ideas reformistas de las mismas o exitosa edición de *Pedagogía Moderna* —Gil Muñoz—; carreras de Derecho, Filosofía y Letras e Historia, prolongada docencia en el Instituto Góngora, y servicio a la Academia cordobesa como investigador, depositario, secretario y director —Gómez Crespo—, o insaciable curiosidad intelectual, de la Teología y las Lenguas a la gastronomía, y extenso bagaje docente por universidades internacionales y nacionales, de Estados Unidos a Méjico, pasando por Barcelona, Sevilla y Córdoba —Delgado León—.

En definitiva, estamos ante una obra fruto de primeras y reconocidas plumas de otros tantos académicos en esta loable iniciativa de recordar a quienes nos precedieron; interesante, curiosa y amena; de cuidada y mimada factura, como todas las que patrocina la Academia cordobesa; bastante completa —y aún lo sería más con algunos índices, especialmente el onomástico, tan eficaz en un trabajo como éste—; y, sobre todo, oportuna, útil y justa. Oportuna, porque aun cuando podrían haberse consultado posibles paralelos, este libro, en sí mismo, ya lo es para otros. Útil, porque sirve para saber y recordar que somos lo que somos por los que se ha sido, para tenerlo presente nosotros y los que nos sigan, y hacerlo mostrando esas distintas facetas de la vida en que Córdoba también fue, es, prolífica y rica, aunque parezcan algo alejadas de las que suelen asociarse a esta ciudad, mas demostrativas de que la capital del Califato también contribuyó a las Letras y Artes nacionales a través de su Academia y de las aportaciones de todos sus académicos biografiados. Justa, finalmente, porque el reconocimiento que les ofrece esta obra es absolutamente merecido y además muy conveniente para la historiografía local, que no localista, de esta ciudad Patrimonio de la Humanidad, pues con actividades como la que he reseñado también, efectivamente, se hace —se sigue haciendo— Patrimonio Cultural de la Humanidad.

